

contara los primeros días de mi juventud asegurándome que quería vivir toda mi vida, como los que llegan muy tarde ante un parterre de rosas, pero que aspiran con encanto el perfume de las rosas ya marchitas.

Viajera temeraria, llevada por las inevitables corrientes de un mar erizado de escollos, antes de estrellarme contra el más terrible de todos, he podido entrever islas cubiertas de fresco verdor, tranquilas y umbrosas, poseyendo la dicha del que vive solo al abrigo de las tempestades en el seno mismo de esas regiones donde nacen, estallan y triunfan las más violentas pasiones. He querido erigir en vano un faro sobre sus acantilados que me han hecho caer de naufragio en naufragio y he podido únicamente levantar la topografía del país de la dicha entreviéndolo á través de dos huracanes.

Perdóname, lector amigo, si uso demasiado el lenguaje del marino, pero no en vano he recorrido los océanos del pecado.

Además, mi abuelo fué vicealmirante. Este recuerdo me hace inclinar tristemente la cabeza.

Mi vida es un tejido de dolores bajo una carcajada.

Cuando contaba dieciséis años y creía en todo, hasta en el amor, una preciosa golondrina vino á batir sus alas contra el cristal de mi cuarto. La cogí, la besé y la puse en el cuello la cinta rosa que ataba mis cabellos. De pronto, quiso huir y dióse un violento golpe en la cabeza contra el cristal, creyendo que era el espacio azul que veía

tras de aquél. La golondrina murió en mis manos y bajo mis labios.

Aquello fué un triste pensamiento para toda mi vida.

Muero como la pobre golondrina. ¡Hemecado un golpe en la cabeza y en el corazón contra el amor creyendo ver el cielo y no he hallado más que la muerte!

III

Donde se trata de Friné

He olvidado decirnos mi nombre. No soy conocida más que por un pseudónimo; todo el mundo me llama Carolina Aumont, pero me llamo por bautismo Diana de F*** de Aumont.

Si no sois indiscretos, os diré que tengo derecho á la corona de condesa.

Cuando nací, nací rica; pero esa fortuna muy antigua la perdí antes de llegar á la edad de la razón. ¡La edad de la razón!

No he sabido nunca contar tal edad.

La edad de la razón, es, para mí, la edad de la muerte, diría yo, si quisiera pasar por el octavo sabio de la Grecia.

Mi familia, después del último naufragio, se refugió en París, cerca de la isla de San Luis.

Todavía no desesperábamos; alquilamos un cuarto que era grande, lleno de aire y de luz, tal vez algo destartalado, pero los muebles aún lucían en sus esquinas.

Mi madre no salvó del naufragio más fortuna que sus tres hijos, una pensión del Estado y muchos créditos dudosos.

30325

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"18"
SAN ANTONIO, MEXICO

Mi hermana se educaba en San Dionisio, mi hermano estudiaba para ingresar en la escuela naval de Brest, yo jugaba á las cuatro esquinas con los muebles del salón. Enfermábase mi madre de tan continuo llorar por la pérdida de mi padre y de su fortuna; escribía muchas cartas, pero el dinero no venía. Pronto tuvimos que cambiar de habitación, y de la isla de San Luis pasamos al entresuelo de una modesta casa de Passy.

Mi primer recuerdo es el de un baile de niños en casa de la señora de Epinay, donde sorprendí á todos con mis locuras y mis *gallardías*. Danzaba y valsaba como una hija de los aires. Todos me acariciaban y me dieron una *alta idea de mí misma*. Por la noche, cuando regresé á casa, permanecí un cuarto de hora delante del espejo, estudiando nuevas posturas para danzar y valsar. Tenía ya el genio en los pies. Además era curiosa, gustábame leer y tenía que conformarme con la biblioteca de mi madre, que comenzaba por el catecismo y acababa por la Biblia. Dícese que siempre en toda biblioteca hay sitio para un libro malo. Un día que buscaba uno bueno, encontré un tomo suelto de *Cortesanías de la Grecia*.

¿Por qué fué á parar allí aquel volumen?

Era de mi hermano, que lo había escondido entre los libros buenos, como si no fuera fácil reconocer á una mujer ligera entre las buenas.

Aquel libro fué una revelación para mí; una resolución iba á adoptar, cuando leí frases como las que copio aquí:

«Friné fué una de las más bellas cortesa-

nas de la antigüedad. Jamás iba á los baños públicos, pero en los días de la fiesta de Eleusis aparecía cubierta únicamente por su espléndida cabellera en la playa para entrar en el mar. En tal instante el pintor Apeles, sugestionado por su belleza incomparable, soñó á su Venus saliendo de las agus.

»Praxiteles, que la amaba apasionadamente, hizo de ella su Venus de Gnido.

»Acusada Friné de un crimen capital por Euthías, fué absuelta.

»La acusación consistía en que Friné arruinaba y corrompía á los griegos y profanaba los misterios de Eleusis: la pena era de muerte. El defensor Hlypérido, que había sido amante de Friné, observando que sus frases elocuentes no impresionaban el ánimo de los jueces, la hizo comparecer en medio del tribunal, y arrebatándole el manto, descubrió su seno y exclamó: «He aquí mi razón.» No quisieron condenar á muerte los estupefactos jueces á tan hermosa mujer, consagrada al culto de Venus, pero dieron la orden de que no se permitiese en tales actos descubrir el seno de las mujeres como medio de defensa de las acusadas.»

Cuando entró mi hermano en casa regresaba del Liceo.

—Pues bien, le dije, buenas cosas he aprendido de los filósofos de la Grecia. Platón, Sócrates, Epicuro, Diógenes, Sofocles, Demóstenes, Aristides y otros tuvieron á Gloria merecer los favores de las cortesanías.

Mi hermano se echó á reír.

—¿Has encontrado mi libro?

—Sí, y en verdad que no comprendo para qué me hacéis aprender el griego si sólo tú puedes saborear fábulas tan brillantes. Juzgándola bien la Grecia era un Carnaval completo.

—Sí, querida mía, me dijo, he aquí por qué Jesucristo ha querido hacer los miércoles de Ceniza.

Y mirándome á la cara, añadió:

—¿Es que quisieras ganar tu causa enseñando el seno de la acusada?

—Si yo fuera una joven de mármol, sí.

Mi hermano intentó coger su libro, pero yo lo había escondido mejor que él bajo mi almohada.

Aquel dichoso libro me sugirió perversos sueños. También yo iba á Corinto. También yo iba con gran pompa á presentar mis votos á Venus. Y también yo, como Friné, poníame frente á Praxiteles orgullosa de su adoración, como si fuese una mujer de mármol.

Al siguiente día, en cuanto pude escapar de la vista de mi madre, releí con fruición el libro. Desde aquel momento cerré el caticismo.

Parecíame que mi espíritu había descubierto un país luminoso.

Hasta entonces mi única esperanza era ser institutriz, conforme mi madre deseaba, que siempre altiva á pesar de su ruina, me decía, no es humillación vivir de la inteligencia.

¡Institutriz! Las veía con sus ropas antiguas, sus sombreros pasados de moda, sus botas deshechas,

Me enseñaban asimismo el piano, deseando que fuese un prodigio; pero no tenía disposiciones para la música.

Tomaba la lección, pero cuando me escuchaba sentía deseos de llorar como los perros.

¿Es que los perros serán tan nerviosos como yo?

El libro que cito me devolvió á la música. Pensé que el piano podría proporcionarme una entrada brillante en el mundo mejor que la ciencia de una institutriz, con lo que después de todo no traspasaría los umbrales de un cuarto de estudio.

—Mamá, la dije un día de pronto, quiero ser música; sigo tus consejos primeros; tal vez tengas razón.

Emprendí con entusiasmo el estudio del piano aquel mismo día. Mi madre estaba satisfechísima de mi afición por la música, y con paciencia digna de un ángel, volvió á enseñarme las primeras lecciones. Sobre todo tenía una virtud inaudita para oírme, porque en verdad yo continuaba haciendo llorar á los perros, pero no lloraba ya. Me veía aplaudida como una maravilla.

Tuve constancia y valor durante seis meses, hasta el día que me presenté en el Conservatorio. Allí juzgaron que no había nacido para la música.

Lloré de cólera. Hubiese querido patear al profesor. Pero al propio tiempo hubiera saltado á su cuello porque aconsejó á mi madre que me llevase á la clase de baile. Opinaba que era alta, esbelta, lijera. Y pronunció estas palabras que recuerdo aun, mi-

rando mis pies. «Vea usted, señora, hay mucho más espíritu en ese pie que en esas manos.»

Era el destino que hablaba.

El maestro Auber dijo:

—Que aprenda; esta señorita irá lejos, si es lijera.

¡He sido muy lijera y he ido muy lejos, muy lejos!

Ingresé en la clase de baile al mismo tiempo que las señoritas Eugenia*** Adela*** Lointina** Francisca*** y otras estrellas del cielo de la ópera que han levantado el pie hasta la celebridad.

IV

El ramito de englantinas

Tenía dieciseis años y casi era hermosa. Parecía una jovencita de Jean Goujon, no de Rubens.

Mórbida, pero sin excesivos relieves. Mi talle armonizaba perfectamente con mi pequeño y combado pie, que soportaba nerviosamente una pierna fina y redonda. Me seguían por la calle cuando por la mañana iba á pie al Conservatorio.

Mi espíritu había seguido el rápido avance de mi cuerpo. Trabajaba mucho, leía mucho, eso sí, leía siempre. Devoré en poco tiempo las obras de Balzac, George Sand y Alfredo de Musset.

Mi madre seguía conservando su frialdad y actitud digna y severa acostumbrada respecto á mí. Mi corazón, que comenzaba á buscar algo alrededor mío, hirióse por aquella reserva.

Lloraba más de una vez leyendo mis queridos libros, no por las desdichas de la heroína, sino por las mías, considerándome sola en medio del estruendo de la multitud. Adquirí un espíritu romántico gracias á mi lectura; no sentía aún la necesidad de amar. Buscaba simplemente á una joven, alegre como yo era; buscaba la amistad alrededor mío. Al fin encontré dos amigas, las más seductoras y de las más peligrosas.

Angela y Laura eran algo mayores que yo, diecisiete y dieciocho años. Bellas ambas, con la belleza del diablo: espirituales como pajes, y más aventureras que los cien guardias.

Eran hijas de un coronel muerto en Crimea: su espíritu de insubordinación, traspasando todos los límites, las obligó á salir de San Dionisio. Siguiendo entonces el consejo de un viejo amigo de su padre, antiguo empleado, su madre las hizo entrar en el Conservatorio: Angela en la sección de baile, Laura en la clase de declamación. Jamás he conocido á nadie que fuese menos trágica que la rubia Laura.

Vivían en el muelle de los Olmos, seguían el mismo camino. Como estaban en la misma clase, nuestras relaciones fueron muy pronto hechas, rotas y vueltas á reanudar.

Apasionéme en seguida de Laura;—¡qué excelente compañía nos dábamos las tres, cuando envueltas en nuestros abrigos escoceses nos aventurábamos por las calles!... ¡Qué risas continuas á pesar del viento y la lluvia que á menudo mojaba nuestros vestidos á lo largo del camino! Laura era in-